

EL ARTE SACRO

Camino para el encuentro con Dios y sus misterios



Desde su origen, el cristianismo comprendió el valor de las artes y usó sus multiformes lenguajes para comunicar el inmutable mensaje de salvación.

La manifestación de la fe, en la Iglesia y por la Iglesia, no se restringe a una actitud interior. Se refleja también “a través de una serie de expresiones externas, orientadas a evocar y subrayar la magnitud del acontecimiento que se celebra”,¹ enseñaba San Juan Pablo II.

Aunque los actos litúrgicos, en cierto modo, podrían llevarse a cabo con dignidad en cualquier sitio, revistiéndose de ornamentos sencillos y usando paramentos de poco valor artístico, no obstante, “en el desarrollo de la Iglesia, como sociedad católica cultural, el tema

artístico es muy digno de tenerse en cuenta, pues en toda manifestación externa del culto debe buscarse siempre la mayor dignidad y el máximo decoro”.²

A través de los objetos que se utilizan en el culto se puede fomentar la compenetración ante el misterio que se está viviendo, así como la piedad y la tan deseada participación plena, consciente y activa de los fieles. “El arte ha de ser un elemento expresivo, digno y funcional en el espacio y en el ambiente de la celebración”.³ Por eso es bueno y saludable buscar lo que podríamos llamar una obra de arte, puesto que en la celebración litúrgica “nada debe ser vulgar, precipitado, improvisado; todo requiere armonía, dignidad, reverencia”.⁴

Cabe subrayar, por tanto, la importante acción evangelizadora que la transmisión de la belleza ejerce a través de esos elementos, si las cosas destinadas al culto fueran “en verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales”.⁵

Constante preocupación de los Papas

San Pío X, en el motu proprio *Tra le sollecitudini*, promovía la restauración de la música sacra, destacando el primordial papel del arte en la liturgia: “La Iglesia ha reconocido y fomentado en todo tiempo los progresos de las artes, admitiendo en el servicio del culto cuanto en el curso de los siglos el genio ha sabido hallar de bueno y bello, salva siempre la ley litúrgica”.⁶

También Pío XI, en la constitución apostólica *Divinis cultus*, afirmaba: “Importa, pues, muchísimo, que cuanto sea ornamento de la sagrada liturgia esté contenido en las fórmulas y en los límites impuestos y deseados por la Iglesia, para que las artes, como es deber esencial suyo, sirvan verdaderamente como nobilísimas siervas al culto divino”.⁷

Sublimando la dimensión litúrgica, decía Pío XII en la encíclica *Mediator Dei*: “todo cuanto pertenezca a los edificios sagrados, a los ornamentos y a las cosas del servicio de la liturgia, aparezca limpio y en consonancia con su fin, que es el culto a la divina Majestad”.⁸ Y en la encíclica *Musicae sacrae* el mismo pontífice aseguraba que el arte religioso “con sus obras no se propone sino llegar hasta las almas de los fieles para llevarlas a Dios por medio del oído y de la vista”.⁹

En su famosa *Carta a los artistas*, San Juan Pablo II mostraba los efectos del clima descristianizado de los últimos siglos, que “ha llevado a veces a una cierta separación entre el mundo del arte y el de la fe, al menos en el sentido de un menor interés en muchos artistas por los temas religiosos”.¹⁰ No eran otros los motivos que llevaron a la constitución *Sacrosanctum Concilium* a advertir con severidad que fueran rechazadas aquellas obras artísticas que “repugnen a la fe”.¹¹

Un choque de tendencias

En este delicado tema, no fue pequeño el choque entre dos marcadas tendencias durante los trabajos preconciarios.

Unos estaban en contra de lo que podría suponer un mayor gasto en la construcción y ornamentación de las iglesias, en la confección de costosos paramentos sacerdotales o vasos sagrados de celebración, y pensaban, en definitiva, que sería mejor destinar a los pobres esos recursos. “Diferentes padres manifestaron el deseo de que la Iglesia suprimiese todo el lujo innecesario en el culto divino”.¹²

Otros, en sentido opuesto, alegaban que había que disponer de lo mejor para el servicio de Dios, y basaban sus argumentos en la respuesta que el Señor le dio a Judas Iscariote —a quien en realidad no le importaban los pobres, sino el dinero, porque era un ladrón (cf. Jn 12, 6)— en el episodio de la mujer que derramó sobre la divina cabeza un perfume muy caro de nardo puro y en el hecho de que Él no hubiera rechazado tan “lujoso” homenaje. Al contrario, Cristo, que se hizo pobre y pedía la pobreza a los Apóstoles, elogió ese gesto: “Jesús replicó: ‘Dejadla, ¿por qué la molestáis? Una obra buena ha hecho conmigo. Porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis; pero a mí no me tenéis siempre’ (Mc 14, 6-7). Por consiguiente, ¿no es legítimo —preguntaban los de esta corriente— practicar la virtud de la magnificencia en lo que atañe al culto divino? Esto en nada hiere el espíritu de pobreza.

Para eludir un enfrentamiento, la propuesta conciliar final, a respecto de la liturgia y el arte sacro, acabó recomendando a los ordinarios que “busquen más una noble belleza que la mera suntuosidad. Esto se ha de aplicar también a las vestiduras y ornamentación sagrada”.¹³

No confundir belleza con esplendor fastuoso

Ocurre que en muchas ocasiones se confunde erróneamente belleza con lujo y —al tratar de evitar, además de la “mera suntuosidad” o el “esplendor fastuoso”¹⁴— se termina optando por lo que podríamos considerar no sólo una falta de refinamiento, sino también el mal gusto y la vulgaridad. Es lo que suele verse con frecuencia en el arte sacro contemporáneo, en algunos estilos de arquitectura religiosa y en determinados ambientes católicos.

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, también expresa “la verdad de su relación con Dios Creador mediante la belleza de sus obras artísticas”.¹⁵ Pero a menudo, so pretexto de simplicidad evangélica o de austeridad, se llega a empobrecer el culto divino quitándole su grandeza, tanto en una arquitectura desprovista de encanto, como en una música alejada de lo sagrado, o en unas imágenes de formas extrañas y artísticamente pobres, o incluso en el uso de los objetos de gusto discutible y hechos de material de calidad inferior al noble sacramento que se celebra.

Desde la Antigüedad el ser humano, movido por la piedad, ha ofrecido en los actos de adoración a Dios los mejores de los utensilios que poseía, como nos lo demuestra el Antiguo

Testamento. Con el cristianismo, idéntico sentimiento ya se manifestaba entre los fieles de los primeros siglos, atestiguado, por ejemplo, con la construcción de majestuosos templos. Como sabemos, muchos de ellos fueron palacios de patricios o de ricos propietarios que los habían donado a la Iglesia, algunos de los cuales aún hoy día se conservan. Su suntuosa y admirable decoración interior son una prueba de la devoción y generosidad de los fieles incentivada por la Iglesia naciente.

Tras las huellas de San Francisco de Asís

Cristo no pidió que se practicara la pobreza con relación al culto divino. Desposado místicamente con ella, San Francisco de Asís comprendió muy bien el consejo evangélico y rogaba a sus hijos espirituales, seguidores precisamente de su particular espíritu de pobreza, que honraran todas las cosas referentes al Santísimo Sacramento y a la liturgia.

En cierta ocasión escribió: que “los cálices, los corporales, los ornamentos del altar y todo lo que concierne al sacrificio, deben tenerlos preciosos. Y si el santísimo cuerpo del Señor estuviera colocado en algún lugar paupérrimamente, que ellos lo pongan y lo cierren en un lugar precioso según el mandato de la Iglesia, que lo lleven con gran veneración y que lo administren a los otros con discernimiento”.¹⁶ Ejemplo concreto de tal mentalidad lo podemos apreciar en el exterior rústico y sobrio de la basílica de Asís que contrasta con su interior lleno de esplendor.

Sin duda, “el ornato realza la belleza de las cosas, así como el barniz destaca la nobleza y la calidad de una madera”.¹⁷ Y “los atavíos ornamentales, el arte decorativo, son, en este sentido, elementos fundamentales de la vida en este mundo”.¹⁸

Como nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, “El arte sacro es verdadero y bello cuando corresponde por su forma a su vocación propia: evocar y glorificar, en la fe y la adoración, el misterio trascendente de Dios”.¹⁹

Ambientes que favorecen la acción de lo sobrenatural

La celebración litúrgica bella, en sus ornamentos, en el ceremonial, en el canto, en las construcciones, arrebató las almas hacia lo sobrenatural y las anima a abandonar las vías del pecado y progresar en la virtud.

Por esa razón, en otros tiempos “el arte de los templos era el libro donde aprendían los fieles las verdades de la fe. Fue una cultura de imágenes, que perdura incluso después de que la imprenta nos introdujo en la cultura de la idea y del lenguaje”.²⁰ Así como hay melodías capaces de crear un ambiente favorable al recogimiento, a la oración, a la elevación de espíritu, al equilibrio interior, por su efecto apaciguador, es imperioso constatar como los ambientes influyen a fondo al espíritu humano, tanto para el bien como para el mal.

Esto se debe a que “existe una profunda interacción entre el hombre y el espacio que lo rodea. El hombre se refleja en él y, por consiguiente, comunica alguna cosa de sí mismo a los otros”.²¹ Así, generaciones de fieles impregnados de espíritu católico edificaron catedrales románicas y góticas que nos deleitan con su magnificencia arquitectónica, y por la fuerza de presencia simbólica constituyen espacios que ejercen una sagrada influencia sobre la gente. Porque “el espacio litúrgico y su adorno tiene una grandísima importancia en vista de una evangelización correcta, nueva y adecuada”.²²

El arte sacro debe estar al servicio de la liturgia

Como indicaba Pablo VI, “el arte es un medio de incomparable eficacia para la evangelización”.²³ Aunque la Iglesia no ha considerado como propio ningún estilo, incentiva a los ordinarios que promuevan y favorezcan “un arte auténticamente sacro”,²⁴ y que excluyan “aquellas obras artísticas que repugnen a la fe, a las costumbres y a la piedad cristiana y ofendan el sentido auténticamente religioso, ya sea por la depravación de las formas, ya sea por la insuficiencia, la mediocridad o la falsedad del arte”.²⁵

Por consiguiente, el arte sacro debe estar al servicio de la religión y, si hay medios económicos, no se tiene que evitar lo artísticamente bello porque sea más costoso y optar por lo feo si da menos gastos... Por cierto, un argumento bastante discutible. Repugnar a la fe, las costumbres y la piedad; depravación de las formas, insuficiencia, mediocridad o falsedad del arte... cuántos calificativos para identificar el estilo de arte que la *Sacrosanctum Concilium* consideraba contrario a la belleza.

No se puede negar que en determinados aspectos como el de la funcionalidad ha habido avances tecnológicos en las construcciones modernas. Sin embargo, hemos de considerar “la incidencia negativa que sin duda produce en el campo de la creación artística religiosa y de la destinada a la liturgia, el clima sociocultural envolvente, caracterizado por el pensamiento débil, el vacío espiritual, la pérdida de valores morales y la secularización”.²⁶

Esa producción artística, en general, —y en el terreno de lo sagrado especialmente— llevada a cabo por especialistas influenciados por el mundo paganizado ha dado lugar a expresiones que no reflejan el arte sacro, llegando a ofender, en no pocos casos, el “sentido auténticamente religioso”.

El mundo tiene necesidad de la belleza

Todo esto resalta el motivo por el cual Pablo VI incentivaba a los artistas a seguir el camino del *pulchrum*: “Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración”.²⁷

En ese sentido, la conocida *Carta a los artistas* de San Juan Pablo II, de 1999, es un punto de referencia en el tema de la relación fe-arte-belleza. En ella el pontífice muestra cómo la Iglesia tiene necesidad del arte —pero de un arte bello— para la transmisión del Evangelio, porque “el arte posee esa capacidad peculiar de reflejar uno u otro aspecto del mensaje, traduciéndolo en colores, formas o sonidos que ayudan a la intuición de quien contempla o escucha. Todo esto, sin privar al mensaje mismo de su valor trascendente y de su halo de misterio”.²⁸

El llamamiento que insistentemente viene siendo hecho a los artistas desde el final del Concilio Vaticano II, parece que no ha calado. La crisis del mundo moderno ha llevado al ser humano a perder la noción de los misterios de nuestra fe y es como si lo espiritual se hubiera diluido.

Ante los más admirables monumentos legados por la civilización cristiana, muchos no reaccionan como debieran, no se dejan arrastrar por “aquel océano infinito de belleza, en el que el asombro se convierte en admiración, embriaguez, gozo indecible”.²⁹ Es el efecto del adormecimiento producido en las almas por la secularización de la vida moderna.

El arte y la belleza tienen el cometido de despertar a la humanidad de su letargo y llevarla a redescubrir la profundidad de esa dimensión espiritual y religiosa, porque “la alianza establecida desde siempre entre el Evangelio y el arte” implica, para los artistas, una invitación a “adentrarse con intuición creativa en el misterio del Dios encarnado y, al mismo tiempo, en el misterio del hombre”.³⁰

Una “via pulchritudinis”

Así como Dios se manifiesta en la hermosura de la Creación —“el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos” (Sal 18, 2)—, también las obras del hombre honesto reflejan el encanto de la virtud. Por lo tanto, existe una relación entre la belleza material y la moral. Dicha relación íntima es el fundamento de una *via pulchritudinis*, es decir, es necesario usar la belleza en sus más variadas formas como medio de evangelización, para llevar a las almas a Dios, que es la Belleza en esencia. Porque todo lo que de bello existe refleja en cierto sentido ese atributo divino. Amar la belleza, encantarse con ella, es un medio de crecer en el amor a Dios.

Como bien les decía Benedicto XVI a los artistas, en el encuentro realizado en la Capilla Sixtina, en noviembre de 2009, “el arte, en todas sus expresiones, cuando se confronta con los grandes interrogantes de la existencia, con los temas fundamentales de los que deriva el sentido de la vida, puede asumir un valor religioso y transformarse en un camino de profunda reflexión interior y de espiritualidad”.³¹ El arte sacro auténtico, bello y verdadero, es un instrumento que “lleva al hombre a la adoración, a la oración y al amor de Dios Creador y Salvador, Santo y Santificador”.³²

En esa *via pulchritudinis*, una vez más se une al arte sacro —y formando parte de éste— la liturgia, con su belleza y su inigualable función evangelizadora, puesto que ella necesita expresarse a través de un lenguaje y también de signos. No quiere decir que el arte sea

imprescindible a la liturgia, pero le es muy conveniente, ya que “el arte no es una cubierta de la liturgia, un valor añadido, sino que es parte esencial de su lenguaje. Por eso se podría calificar, al arte religioso, como ‘lugar teológico’, es decir, camino para el encuentro con Dios y sus misterios”.³³

Revista Heraldos del Evangelio, n° 143 Junio 2015

**P. Fernando Gioia, EP.
Heraldos del Evangelio**

-
- 1 SAN JUAN PABLO II. *Ecclesia de Eucharistia*, n.º 49.
 - 2 RIVERA, Juan Francisco. El arte y los objetos sagrados. In: MORCILLO GONZÁLEZ, Casimiro (Org.). *Concilio Vaticano II. Comentarios a la Constitución sobre la Sagrada Liturgia*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1965, t. I, p. 582.
 - 3 SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA DE ESPAÑA. Ambientación y arte en el lugar de la celebración. In: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA. *Celebrar en belleza*. Barcelona: CPL, 2006, p. 160.
 - 4 MICÓ BUCHÓN, José Luis. *Liturgia Católica*. Bogotá: San Pablo, 2004, p. 90.
 - 5 CONCILIO VATICANO II. *Sacrosanctum Concilium*, n.º 122.
 - 6 SAN PÍO X. *Tra le sollecitudini*, n.º 5.
 - 7 PÍO XI. *Divini cultus*.
 - 8 PÍO XII. *Mediator Dei*, n.º 232.
 - 9 PÍO XII. *Musicae sacræ*, n.º 11.
 - 10 SAN JUAN PABLO II. *Carta a los artistas*, n.º 10.
 - 11 CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 124.
 - 12 SCHMIDT, Herman. *La Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Texto, historia, comentario*. Barcelona: Herder, 1967, p. 126.
 - 13 CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 124.
 - 14 INSTRUCCIÓN GENERAL DEL MISAL ROMANO, n.º 292.
 - 15 CCE 2501.
 - 16 SAN FRANCISCO DE ASÍS. Primera carta a los custodios, n.ºs 3-4. In: Directorio Franciscano: <http://www.franciscanos.org>.
 - 17 CORRÊA DE OLIVEIRA. Plinio. Ornato, elemento fundamental da vida. In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XI. N.º 128 (Noviembre 2008); p. 20.
 - 18 Ídem, ibídem.
 - 19 CCE 2502.
 - 20 MICÓ BUCHÓN, op. cit., p. 91.
 - 21 SIRBONI, Silvano. *El lenguaje simbólico de la Liturgia. Los signos que manifiestan la fe*. Bogotá: San Pablo, 2006, p. 141.
 - 22 Ídem, p. 146.
 - 23 BEATO PABLO VI. *Discorso in occasione della mostra d'arte moderna sul volto di Cristo*, 22/10/1974.
 - 24 CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 124.
 - 25 Ídem, ibídem.
 - 26 LÓPEZ, Julián. *La liturgia y el arte en el Magisterio de la Iglesia*. In: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA, op. cit., p. 56.
 - 27 BEATO PABLO VI. *Concilium Œcumenicum Vaticanum II Sollemni Ritu Concluditur. Message aux artistes*, 8/12/1965.
 - 28 SAN JUAN PABLO II. *Carta a los artistas*, n.º 12.
 - 29 Ídem, n.º 16.
 - 30 Ídem, n.º 14.
 - 31 BENEDICTO XVI. *Discurso con ocasión del encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina*, 21/11/2009.
 - 32 CCE 2502.
 - 33 MICÓ BUCHÓN, op. cit., p. 93.